Delirios de Sexo Futuro

Miguel Muñoz Martínez

Capítulo 1

Delirios de Sexo Futuro

por

Miguel A. Muñoz

Delirios de Sexo Futuro (c) Todos los derechos reservados

Textos e ilustraciones originales del autor.

A quien tanto he querido

Es un regalo el día a día. Todos deberíamos ser más abiertos de mente y apreciar esos fugaces momentos de felicidad. Esos pequeños destellos entre tanta oscuridad. Mecer a un niño; sostener la mano de nuestros antepasados; bucear en los ojos amados. Son momentos sublimes que no deberíamos pasar por alto, ya que nuestra vida pasa sin darnos cuenta y solo quedan esos destellos que alimentaran el brasero de nuestra vejez. –

A.Yiveh.

1

Quizá no sea esta la forma correcta de comenzar, quizá incluso peque de impulsiva, pero es la primera vez que escribo algo así y que me perdonen pero no sé hacerlo de otro modo.

Mi trabajo actual como traumatóloga en el hospital de Nueva Delhi solo me permite dirigirme a otras personas de manera puntual y exclusiva, algo muy diferente a lo que pretendo aquí, que no es ni más ni menos que abrir mi alma al que lea mis palabras. Y qué pueden interesar al gran mundo las palabras de ésta ignorante hija del barro, preguntarán ustedes. Puede que nada a ojos que no han visto lo sublime del amor humano; de un beso a escondidas o de una caricia fraternal. Puede que no digan nada a personas que no han amado con el alma. Pero si éste escrito cae por alguna casualidad en manos de alguien que sí lo ha hecho, valdrá la pena mi sacrificio. Ese alguien sabrá lo que es sentir no solo con el corazón, si no con todo su ser. Conocerá los entresijos de un alma atormentada y el

hueco constante que queda tras experimentar un vacío.

A ese ser va dedicado ésto que aún no me atrevo a llamar libro. Unas páginas en blanco que voy rellenando con mis recuerdos, unos trocitos de mí que luchan por permanecer ocultos en ese velo insondable que es la memoria.

No. No soy una embustera ni pretendo engañar a nadie. Conozco bien como se aferran a nuestra piel esos recuerdos grabados a fuego, y la imposibilidad de ignorarlos. Pero los detalles, esos son los más imprecisos. Por ello quiero dejar constancia aquí de todos ellos, malos y buenos. Espero no pasar ninguno por alto, ya que todos son de vital importancia, y sin ellos yo solo sería una sombra más en un recuerdo difuso de alguien intentando recordarme.

Es complicado, ya lo sé. Ahora sonrío sin nadie a mi alrededor. Hace tiempo que pasé las fases del duelo, y ahora solo vivo, que ya es bastante. Pero aún recuerdo que eramos dos.

Sus ojos color miel tan iguales a los míos. Su olor, su sabor, la forma que tenía de ser, de estar... Ella era yo por algún motivo, y ahora no existe. Pero no adelantaré acontecimientos.

Ésta que ahora comienzo es la historia de dos huérfanas. Mi propia historia y la de Kavita, mi hermana melliza. Dos almas que por alguna razón fuimos tocadas por los dedos divinos en este país nuestro, azotado continuamente por hambrunas, epidemias y desolación. Nuestro país no era otro que la India, siempre un lugar fascinante, pero también cruel con aquellos que no han sido bendecidos por Lakshmi, la madre diosa de la fortuna.

Gracias a encontrarnos en mitad de aquel país desestabilizado, o mejor dicho, a consecuencia de ello, llegamos a conocer bien a los Roberts, nuestros benefactores, una fascinante pareja de americanos, aventureros por naturaleza, que decidieron cuidar de nosotras sin apenas conocernos. Ahora he decidido que es un buen momento para contar al mundo nuestra experiencia con ellos, y el oscuro desenlace que aún, en mi amarga soledad, me atormenta.

Como el filósofo hindú aseguraba:

“Somos libres de vivir experiencias con la condición de dejar constancia de ellas. Si no lo hacemos serán como el humo.”

Eran tristes aquellos años decadentes. A punto de cumplirse el primer cuarto de siglo XXI la desproporción económica entre unos países y otros era ya exagerada. Mientras en algunos lugares del globo la población holgazaneaba encapsulados en sus vidas artificiales, en otras la miseria extrema obligaba a sobrevivir en condiciones infrahumanas. Por desgracia nuestra historia comenzó en un lugar perteneciente a ésta segunda clasificación.

En aquella época mis congéneres sobrevivían como podían de la persistente hambruna que asolaba el país. La falta de higiene, la pobreza extrema y los tenaces tifones provocaron una temible epidemia que prácticamente diezmó a la población hindú. Todo ello sumado al corrupto orden político de aquel nefasto año dos mil dieciocho, hizo que la India de aquellos tiempos fuera portada día tras día en toda la prensa mundial. Hasta aquí volaron efectivos de todos los países, luchando entre todos ellos por contener una situación que se iba tornando desastrosa por momentos.

Nuestro padre murió en Bangladesh, rodeado de moscas entre los apiñados camastros de paja de un sanatorio de mala muerte. De él poco recuerdo ya: Su eterna barba incipiente; sus enormes manos; la curiosa forma que tenía de sentarse, de moverse. Solo pequeños fragmentos que pienso forman parte más de mi imaginación que de la realidad. Nuestra madre sí que ha estado siempre en nuestra memoria. Aunque no corrió mejor suerte que él. Enfermó pronto, mientras arrastraba de nosotras (por entonces unas niñas de apenas seis años) en su incesante búsqueda de un refugio para asegurar nuestra supervivencia.

Recuerdo aquellos tiempos como una mezcla de fascinación por emprender ese camino y de tristeza, al ver cómo mi madre iba desfalleciendo mientras cruzaba con nosotras infinitas calles repletas de inmundicia, escombros y cadáveres. Finalmente la búsqueda dio sus frutos, ya que encontramos a unos parientes lejanos en una pequeña aldea cercana a Jaipur. Shami y Ran eran los primos de nuestra madre y nos recibieron con los brazos abiertos al saber de nuestra desgracia (por lo menos al principio). Éstos trabajaban como sirvientes en el hospital de los médicos desplazados de otros países. Allí nos dejó nuestra madre, a su cuidado mientras ella desaparecía. Nunca supimos el destino que sufrió, ya que no volvimos a saber de nuestra desafortunada madre hasta muchos años después, que fuimos conscientes de su muerte en un territorio inhóspito cerca de la frontera norte. Allí descansa y en ese lugar ruego por su alma cuando reúno el suficiente dinero y valor para viajar hasta allí.

Nuestros parientes pronto se cansaron de nosotras. Era comprensible, ahora lo veo claro. Apenas podían alimentarse con las limosnas que a duras penas iban consiguiendo. Cuando tuvieron la oportunidad nos despacharon enviándonos a una organización de beneficencia en la que se trataba a los niños poco más que como basura. A lo largo de aquel año fuimos dando tumbos de un lado a otro. Los hospicios y hospitales estaban abarrotados, y no había mucho sitio para dos bocas sin familia como eramos nosotras.

Cuando el último hospital fue saqueado, los soldados del régimen nos embutieron en un camión junto a los demás niños, con el que nos llevaron a una pequeña aldea cercana a Delhi.

Al llegar descubrimos un lugar apestoso y eternamente cubierto de barro. Su proximidad al Ganges hacía que permaneciera la totalidad del año anegado por sus aguas oscuras y pestilentes, pero de alguna manera nos

acostumbramos a vivir allí. Formábamos parte de los miles de niños de la calle, y como tal debimos luchar por sobrevivir.

Durante ese tiempo vimos morir de hambre y enfermedad a muchos compañeros, aunque eso no era lo peor. De vez en cuando aparecían por allí los furgones de las bandas y con lazos nos daban caza como a perros. Tuvimos que huir muchas veces delante de ellos, y en una ocasión hasta llegaron a capturarme. Aún tengo grabada a fuego aquella escena decadente y humillante. Recuerdo que me despojaron de la ropa y tras examinarme como a un animal, me tiraron dentro de un furgón. Kavita me salvó aquella vez abriendo la puerta, pero aún tengo presente los rostros de los que se quedaron allí con esos hombres. Carne de cañón y de prostíbulo.

Tras aquel traumático episodio los dioses se apiadaron de nosotras, y nos hicieron caer en manos de "la buena madre Nadira". Fue ella la que se encargó de nuestra custodia a partir de entonces. Con ella crecimos y a su cargo aprendimos a sobrevivir sobre todas las cosas. Madre Nadira era una venerable anciana de cabellos blancos y tez cordial, pero severa cuando tenía que hacer frente a las injusticias. Recuerdo con orgullo su forma de plantar cara a todo aquel que venía a su hospicio con fines oscuros. El día de nuestro decimotercer cumpleaños enfermó. Nosotras mismas la llevamos a su cama y allí permaneció hasta su último aliento, cuidando de nosotras mientras nosotras cuidábamos de ella. Lloramos mucho su pérdida, y más aún cuando los insurgentes tomaron la aldea matando a todo el que se les ponía por delante. Aquello duró apenas una semana, pero fueron unos días muy duros, y la primera vez que fuimos conscientes de la proximidad de la muerte, aquel factible ser etéreo que campaba a sus anchas por todas partes sin respetar edad ni condición.

Permanecimos ocultas, aterrorizadas mientras veíamos morir sin razón a jóvenes, ancianos y niños que iban desapareciendo rio abajo, como una macabra metáfora del rio de la vida. Durante esos terribles días fuimos testigos de atrocidades tales como violaciones y ejecuciones en plena calle, incluso a niñas como nosotras.

Finalmente tras soportar un verdadero infierno la vimos por primera vez. Llegó al séptimo día, como llegan los imposibles; La primera bandera que no era un simple colgajo lleno de barro, la de las barras y estrellas.

3

Todo cambió entonces para nosotras. El ejercito nos trasladó hasta un pequeño campamento en las afueras. Allí permanecía de manera provisional un destacamento de médicos sin fronteras. Entre ellos se encontraba Gloria, una medico estadounidense esposa de Daniel Robert, un conocido columnista de uno de los mejores periódicos de Estados Unidos. Éste se encontraba destinado en el país cubriendo un reportaje sobre la debacle hindú. Un completo dosier sobre la guerra, la pobreza extrema y las epidemias que azotaban nuestro pais.

Nos topamos con la doctora Robert casi por casualidad. En un principio le había sido designado el control de otro campamento más al norte, pero los dioses la retuvieron en nuestra aldea lo suficiente como para unir nuestros destinos. Las epidemias del norte del país hicieron que los médicos se dividieran en dos equipos, partiendo el más numeroso hasta el lugar del desastre. Gloria permaneció allí, en aquel humilde barracón con las dos enormes letras como único estandarte "U.N.". No tardó en quedarse prendada de nosotras. De las dos frágiles mellizas de piel oscura y ojos color miel. Su marido, de carácter más jovial y bromista nos bautizó como "Cleopatras", por nuestra semejanza (según él) con la faraona egipcia. Su mujer, sin embargo, tenía un carácter más serio pero no por ello era menos afectuosa. Siempre se ocupó de nuestro bienestar, cuidándonos y protegiéndonos durante aquel año entero que permaneció al mando de aquellos barracones. A su partida, se encargaron de tramitar nuestro apadrinamiento, e ingresamos (gracias a sus dólares) como residentes en una orden religiosa cristiana de Bangladesh, el país vecino.

Kavita y yo misma pensamos que jamás volveríamos a ver a nuestros pálidos benefactores, pero los dioses nos tenían otro destino reservado. Al año siguiente volvieron de nuevo, permaneciendo todo ese verano a nuestro lado. Durante ese tiempo se propusieron enseñarnos sus modales occidentales y su idioma, y en parte lo consiguieron, haciendo de nosotras unas de las pocas personas que podían conversar medianamente en ingles con los desplazados de otros paises. Eso nos supuso otro gran cambio en nuestra vida, ya que pasamos a ser las asistentes personales de las monjas, mejorando así nuestro nivel de vida con ellas.

Daniel y Gloria se convirtieron para nosotras en unos verdaderos ángeles de la guarda, siempre preocupados por nuestro bienestar y nuestra

educación. Año tras año fueron cultivando nuestro espíritu haciendo de nosotras unas jóvenes de miras más altas que la mayoría de muchachas de nuestro entorno.

Al cumplir la mayoría de edad recibimos por correo una carta certificada. En ella los Roberts nos informaban de sus intenciones de pasar ese verano con nosotras, y que tras las vacaciones, ingresaríamos en la escuela de artes y oficios de Bombay. La ilusión que aquello nos provocó no se pudo comparar con lo que sentimos al ver en el fondo del sobre los dos billetes de avión. Nuestra vida tomaba un nuevo rumbo, y en esos billetes podía leerse claramente su nombre: "Los Estados Unidos de America".

4

La experiencia de embarcar en aquella inmensa máquina voladora fue increíble. Nosotras, las pequeñas huérfanas estábamos siendo una de las personas más afortunadas del mundo. Íbamos a viajar al primer mundo, a América, hogar de nuestros padrinos y tierra de oportunidades para dos adolescentes que nunca habían visto otra cosa que la miseria extrema.

Vivimos innumerables aventuras en ese viaje, provocadas sobre todo por la enorme diferencia de costumbres que existía por aquel entonces entre la India y occidente. Un simple ascensor, los teléfonos móviles o el timbre de las puertas ya eran para nosotras hilarantes motivos de diversión. Éramos dos chiquillas descubriendo mil maravillas.

Los Roberts vivían en una lujosa mansión al sureste de la famosa y gran urbe de Chicago. Pasaban poco tiempo en ella, ya que sus respectivos negocios les solian mantener ocupados casi la totalidad del día. Cuando no estaban trabajando Daniel y Gloria nos llevaban a ver todo lo que, según ellos, merecía nuestro interés. Visitamos los centros comerciales de la ciudad; los parques de atracciones, los jardines de la zona; nos aterrorizamos ante los animales del zoo; y nos maravillamos ante el planetario y prodigios futuristas como los "virtua-cines", lugares que ya existían en nuestro país, pero que solo estaban al alcance de los más pudientes.

Vivir con ellos y sus costumbres fue muy interesante. Gracias a los Roberts aprendimos muchas cosas y no solo nosotras, ya que Daniel nos confesó en una ocasión que nuestra estancia le inspiraba de manera increible en su trabajo. Una muestra de ello la vimos en la portada de su último artículo "humanidad en Bangladesh", en el que se relataba la lucha de nuestro pueblo por sobrevivir. Cual sería nuestra sorpresa al ver una

foto nuestra encabezando ese artículo.

No solo Daniel disfrutaba con nuestra estancia allí. Gloria también permanecía pegada a nosotras casi la totalidad del día. A estas alturas me atrevo a decir que nosotras éramos las niñas que siempre quiso tener (más tarde descubriríamos que no podía tener hijos). Siempre despertaba jovial y alegre, regalándonos mil besos, caricias y un cariño que hacía tiempo tenía reservado. No pasaba un solo día en el que no nos sorprendiera con un plan diferente. Ibamos con ella de aquí para allá, siempre juntas, siempre abrazadas y felices. Fuimos de compras en innumerables ocasiones; También intentó enseñarnos a jugar al tenis (con resultados nefastos, pero con mucha diversión); Nos mostró la forma de relajarnos en los balnearios; e incluso nos llevó a tomar café a los lugares de moda. Mi sueño hecho realidad.

Gracias a ella fuimos tratadas como verdaderas hijas del sultán, nos agasajaron a presentes, y nuestros armarios se llenaron a rebosar de bonitos vestidos, cómoda ropa deportiva y prácticos jeans iguales a los que utilizaban las muchachas de nuestra edad que día tras día veíamos por las calles de Chicago. Muchachas que nunca habían pasado hambre; ni tampoco sufrido las inclemencias del tiempo sobre sus pálidas pieles. Muchachas que desconocían que en su mismo mundo había muerte y desolación por doquier.

ψ

La convivencia es agradable, pero tiene sus riesgos. Lo supimos la séptima noche de nuestra estancia en la mansión Roberts.

Esa noche nos retiramos pronto a dormir tras un largo día de compras. Las dos estábamos exhaustas, pero aún así no podíamos contener las ganas de probarnos los vestidos recien adquiridos esa misma tarde en las boutiques francesas de la ciudad.

Nuestra habitación se encontraba en la planta alta de aquel gran chalet rodeado de palmeras. Esa planta solo la habitábamos nosotras y la chica de servicio, que en esos días se encontraba fuera por las vacaciones.

Kavita y yo éramos mellizas y como tal, no teníamos la vinculación que se les supone a las gemelas, pero en cierta parte sí que existia alguna especie de conexión para según qué cosas. Solíamos tener el periodo a la vez, y nuestras necesidades fisiológicas tenían la incómoda costumbre de igualarse, obligándonos a ir al baño casi al unísono. Esa fue la razón de

que esa noche yo misma diera comienzo a algo que nos arrastró a las dos, uniéndonos para siempre a nuestros padrinos.

— Kavi, déjame entrar. Te he dicho que era una urgencia. – le insistí golpeando la puerta con los nudillos.

— Te aseguro hermana, que lo mío si que es una urgencia, y que no te gustaría estar aquí dentro cuando salga la culebra. — me insinuó en tono irónico repitiendo una antigua broma que existía entre nosotras.

Viendo que mis exigencias no iban a quedar satisfechas, decidí reunir el valor suficiente para bajar a los aseos de la planta inferior. Normalmente procurabamos no recorrer la casa en plena noche, o en ausencia de nuestros padrinos, pero aquello se estaba convirtiendo en más que una urgencia, en una emergéncia. Allí, junto a un trastero encontré un pequeño cuarto de baño que a esas alturas aun no había descubierto. La luz no funcionaba, pero eso no me impidió atisbar el retrete entre las sombras.

Me desahogue en silencio mientras examinaba los labrados baldosines del suelo y la esférica piscina del centro de la habitación. A primera vista aquella estancia me había parecido minúscula, pero era más grande de lo que yo creia. Ese cuarto comunicaba con otro a través de una puerta con cristalera cerrada a cal y canto. Pensé que si yo fuera mi hermana no dudaría en asomarme a investigar por aquella puerta. Pero mi carácter no era tan osado como el de ella, y por ello me concentré en lo que había venido a hacer.

Tras unos minutos de silencio comencé a escuchar ruidos extraños al otro lado de aquella misteriosa puerta. Me acerqué temerosa mientras recomponía mi ropa y volvía a subirme las bragas.

Allí tras la puerta llegué a escuchar claramente a Gloria. Ésta suplicaba en voz baja, susurrando entre gemidos ahogados. La curiosidad me llevó a mirar a través de la pequeña vidriera de la puerta.

Yo no era tonta y sabía perfectamente lo que estaba ocurriendo, pero aún así me sorprendió ver aquellos dos cuerpos desnudos retorciéndose entre sí. Ocultándose entre las sombras de la habitación, que apenas podían encubrir todo lo que estaba ocurriendo a mis ojos, ávidos por descubrirles. En mi niñez había visto en más de una ocasión a gente practicando sexo sin tapujos, e incluso regresaron a mi memoria aquellos tristes recuerdos en la aldea, cuando los insurgentes violaban y masacraban a nuestras compañeras. Pero ahora lo que podía ver distaba mucho de aquellos abusos que recordaba en las calles. Aquella pareja estaba disfrutando con lo que hacían, y los dos eran cómplices y a la vez victimas del placer que

se otorgaban.

Gloria se ofrecía abierta como una flor a su hombre, que sobre ella la cubría con lujuria disfrutando y haciéndola disfrutar.

Mis ojos lo observaban todo con detenimiento sin perderse ningún detalle. La oscura penumbra que lo envolvía todo no pudo ocultarme ese enorme miembro palpitante que perforaba una y otra vez aquella entrada tan conocida para él.

Ser la silenciosa testigo de aquello suscitó un cambio en mí. La vacilante incertidumbre de contemplar aquella intimidad consiguió humedecer mi ropa interior, provocando que solo con rozarla se electrificara todo mi cuerpo.

Desde mi escondite observe como Gloria suspiraba mientras su hombre iba recorriendo con los labios la curvatura de sus pechos de marmol, bordeaba su vientre y desembocaba en su ingle palpitante que acogía sus caricias como si las necesitara para vivir. Los gemidos de Gloria se sincronizaron con los mios, apagados por el temor de ser descubierta.

El hombre de la casa orbitaba alrededor de su hembra haciendola enloquecer mientras yo me moría por los relámpagos que comenzaban a caer en mi entrepierna.

Tras llegar a un extasis silenciado, contemplé como Daniel examinaba uno de los cajones de su cómoda, hallando en su interior un extravagante aparato con forma fálica.

Yo nunca había visto algo semejante, y quedé petrificada cuando comprobé para qué lo estaba usando. Gloria se puso de rodillas dando la espalda a su amante, que atenazando sus pálidas nalgas comenzó a cubrirla por su orificio más estrecho. Mientras tanto el aparato de plástico profanaba su parte delantera que dejaba brotar casi un manantial de flujo. El mismo flujo que corría entre mis dedos jugueteando de nuevo bajo la fina tela de mi ropa interior.

En ese momento advertí que los dos amantes habían parado su cópula, desviando su atención hacia la puerta, quizá alertados por algún sonido que, sin querer, hubiera hecho yo misma.

Salí de allí apresuradamente para evitar que me descubrieran. Me moriría de vergüenza si me hallaban allí ya que había visto algo personal y prohibido que era mejor no difundir.

Aunque había una persona con la que sí lo compartiría. Desde pequeñas lo compartimos todo, y todo era todo, incluso lo más intimo.

6

Esa noche Kavita me atosigó a preguntas, me rogó que le explicara todos los pormenores del hecho, sin saltarme ninguno. ¿Qué hacían? ¿Cómo? ¿Durante cuanto tiempo? Lentamente fui relatándole todo lo que mis ojos habían visto en aquella habitación en penumbra. Por alguna razón obvié añadir el pequeño orgasmo al que llegué mientras les veía. Quizá mi ridículo decoro me impidió confesarlo, aunque mi hermana, tan liberal como siempre, no disimuló al admitir abiertamente lo caliente que todo aquello le ponía. Y para demostrarlo arrastró con una pícara sonrisa una de mis manos hasta su regazo, constatando la certeza de sus palabras en aquella húmeda abertura, oculta de momento a mi vista.

Kavita pasó la noche acostada junto a mí, en mi misma cama y observandome atentamente. En silencio escuchaba mi relato. Siempre

atenta a los detalles del encuentro amoroso de nuestros dos padrinos. Con todo lujo de detalles fui describiendo sus dos cuerpos sudorosos pegados entre sí; Los sonidos; El vaivén del acto sexual…

Sus ojos de color ámbar oscuro, tan iguales a los míos, se mostraron ardientes, fijos en mi boca que no paraba de recitar todo lo que había visto. Note su deseo contenido, el roce de su mano en la mía; su olor tan característico. Me mordí los labios intentando refrenar un deseo que ya no era mio ni suyo, si no nuestro.

Las experiencias sexuales de nuestros padrinos subieron la temperatura de la habitación, despojándonos de nuestras camisetas de dormir que volaron sobre nuestras cabezas. Tal y como vinimos al mundo nos abrazamos entregándonos la una a la otra. Noté el fino aroma de su axila sobre mi rostro, y me permití saborearla como si fuera el mayor de los bocados. La respiración de Kavita se alteró con ese gesto, acelerándose al igual que la mía al comprobar como sus manos resbalaban sobre mis muslos desnudos, acariciando mi vientre y dibujando el círculo de mi ombligo.

Creí perder el sentido cuando sus manos se apoyaron en la curva convexa de mi sexo. Yo ya sabía lo que ella quería, y ella lo que yo anhelaba: Comenzar de nuevo el familiar juego que desde niñas veníamos practicando.

Las dos nos entregamos una a la otra, boca arriba con las piernas abiertas y tumbadas en aquella cama que ya nos pertenecía, Kavi deslizó su mano hasta mi bosque secreto, gesto que yo imité notando aquella humedad que me enloquecía desde hacía años. Kavita siempre colocaba su pierna sobre la mía, era su postura preferida y, porqué no decirlo, también la mía. Con su diestra peregrinaba en su habitual ruta bordeando mis senos y circundando mis pezones, duros y erectos al llegar ya a esos extremos. Más tarde acariciaba mi vientre dibujando las líneas de mi cuerpo enardecido y avaricioso de más caricias. Mientras tanto, mis manos bordeaban su sexo y jugueteaban con su rizado vello púbico, que exhalaba su fino aroma subiendo mi temperatura por momentos. Fue ella la primera en llegar al pequeño botón del placer, haciéndome palpitar con sus suaves caricias.

Muerta de gusto observé como ella misma aferraba sus pequeños senos y jugueteaba con esos pequeños pezones oscuros, tan iguales a los míos. No quise que continuara. Tenía celos de sus manos, ya que solo yo quería colmarla de gozo. Solo yo quería ser la dueña de su cuerpo que desde siempre me había pertenecido.

Deslicé mi mano libre por sus caderas sudorosas y la hice estremecer con mis caricias, que iban haciéndose cada vez más íntimas. Mis dedos índice y corazón se fundieron en un caprichoso órgano de placer, audaz

explorador de las profundidades abisales de mi hermana. Allí busqué y rebusqué con ahínco hasta encontrar el potente orgasmo que Kavi tenía escondido entre los húmedos pliegues de su vulva.

Ambas llegamos juntas al clímax, intenso y electrizante. Durante esos minutos fuimos solo una y nada más existió, ni importó. Éramos hermanas y a la vez amantes, y no nos sentíamos extrañas por serlo. De hecho nadie mejor que nosotras para conocernos la una a la otra. Para regalarnos uno y mil momentos como aquel. Momentos que se grabaron a fuego en nuestras respectivas almas y que nos protegieron más de una vez de un medio hostil, cruel y despiadado que, sin embargo, nada pudo contra nuestro blindado amor.

Una vez hubimos terminado, exhaustas y felices nos dimos nuestro particular beso de buenas noches. Aunque todo de lo que había sido testigo en aquel pequeño baño me impidió conciliar el sueño hasta bien entrada el alba

7

Pasaron varios días despues de aquello. Una de aquellas felices mañanas accedimos a acompañar a Gloria hasta un centro comercial de las afueras de Chicago, en una apacible ciudad llamada Bourbonnais. Allí visitamos un montón de tiendas y nos probamos más de cien vestidos diferentes. Después de almorzar en una hamburguesería, Gloria quiso entrar en un negocio inmobiliario que vendía casas en la playa. Según sus palabras, era la ilusión de su vida vivir en un lugar cercano al mar, y si el azar no lo impedía, algún día Daniel y ella se mudarían a un sitio así.

El tipo de la tienda, un sesentón gordo y calvo, le enseño desde su ordenador personal un montón de planos y dibujos de futuros chalets.

En uno de aquellos dibujos se mostraba un cuarto de baño con una bañera igual a la que nuestros padrinos tenían en su casa. Fue ahí cuando mi hermana lo fastidió todo.

—Mira, igual que la de vuestro cuarto de baño.

Gloria se la quedó mirando muy seria, pero no dijo nada más. Tras despedirse de aquel hombre abandonamos su local. No habíamos ni dado cuatro pasos cuando la señora Roberts retuvo a mi hermana contra la pared.

—¿Cómo sabes lo que tengo yo en mi cuarto de baño?

Kavita, sin parar a pensarlo confesó nuestro pequeño secreto. Le contó que aquella noche yo les había espiado manteniendo relaciones sexuales. Y lo que más me avergonzó fue que incluso le confesó lo que hicimos despues en la intimidad de nuestra habitación.

Ya no pude ni mirarla a la cara de pura vergüenza. Conocía de sobra aquella debilidad de mi hermana para guardar secretos, pero por alguna razón esperé que se dominara mientras permanecieramos en America. Que pena que mis esperanzas fueran en vano.

Gloria no volvió a dirigirnos la palabra en todo el día. Solo un fugaz: —Vámonos – nos ilustró de la tormenta que se avecinaba sobre nuestras cabezas. Juntas y silenciosas llegamos al transporte subterraneo que unia aquella población con Chicago, y de la misma manera nos dirigimos inexorablemente a un desenlace que supuse no sería muy satisfactorio para nosotras. En el camino pude atisbar la expresión de su rostro, una mezcla entre vergüenza e indignación.

Al llegar, Gloria condujo a su confundido esposo hasta la intimidad de su habitación. Pasaron allí unos minutos, que a nosotras se nos antojaron horas. Debo reconocer que en esos momentos temí lo peor. Ya me imaginaba saliendo a toda prisa de aquella casa con nuestras maletas y cogiendo el primer vuelo hacia nuestro país. Pero la reacción de nuestros padrinos fue totalmente inesperada. Daniel se mostró tan jovial como todas las tardes, y junto a su mujer bromeó con nosotras.

Esa tarde los cuatro nos bañamos en la piscina, como si no hubiese pasado nada. Aunque si había pasado algo. Sabía que tarde o temprano aquello tendría repercusiones, y temí que con la luz de un nuevo día llegaran. Pero también me equivoqué.

A la mañana siguiente, Gloria amaneció como siempre, cariñosa y atenta con nosotras. Tras el desayuno nos instó a acompañarla hasta las afueras, a un curioso lugar con un no menos curioso nombre: “El templo del agua”. Una enorme casa de labrados techos enroscados y paredes de papel, que albergaba en su interior un inmenso gimnasio con salas de masajes, saunas y todas las comodidades para pasar una completa velada de relajación. Gloria nos confesó que semanalmente solía acudir allí a evadirse del mundo, y que sería una buena experiencia para las tres.

—Tenemos que ponernos guapas para el hombre de la casa. – nos confesó, provocando con tal comentario que mi hermana y yo nos miráramos extrañadas. En ese momento no sabíamos a qué se refería, pero lo comprobaríamos esa misma noche.

8

Llegamos a casa al anochecer. En el salón de masajes experimentamos lo que era ser unas verdaderas princesas. Nos dieron masajes, nos ungieron con mil cremas y nos quitaron hasta el último pelo del cuerpo. Eso fue algo sorprendente para nosotras, y sobre todo para Kavita que de camino a casa no paró de mirarse su sexo libre de vello. Gloria y yo bromeamos sobre eso y las tres nos reímos durante un buen rato.

Daniel nos esperó en la piscina. Había preparado un tentempié en la mesa del jardín (unos ligeros canapés acompañados de ensalada y unas copas de vino), y allí, los cuatro, cenamos a la luz de las velas pasando juntos una agradable velada.

Tras recogerlo todo, nos dispusimos a darnos un baño bajo la luz de una enorme luna llena. Recuerdo especialmente a Gloria peinando con dulzura mi oscura cabellera mientras sus ojos se internaban en los mios, reflejando esa irreal luna que me ayudó a comprender lo que mi cuerpo ansiaba.

Precisamente fue ella la que me ayudó a ponerme el traje de baño, un precioso bikini blanco que atraía todas las miradas. La primera en caer bajo su influjo fue mi hermana, y continuó Daniel, al que se le notaba una oscuridad creciente en su entrepierna. Todos juntos entramos a la piscina, siempre bromeando y entre risas, pero nadie ausente a la atmosfera calenturienta que se respiraba a nuestro alrededor. Gloria se sumergió ante mí y emergió a mi lado casi rozando su cuerpo con el mío. Me acarició en la cara y sonrió. Aquel gesto me agradó mucho. Por alguna razón supe que ella, al igual que yo, también estaba excitada.

Kavita era la más ajena al ambiente que se respiraba en aquel lugar. Como una niña deseosa de nuevos juegos se ajustó el bikini en segundos, y de un salto se lanzó a la piscina, buceando de un lado a otro y lanzándonos agua de forma traviesa.

—Kavita, muéstrale a Daniel lo que te han hecho en el templo. – exclamó Gloria con una pícara sonrisa contenida.

Mi hermana enrojeció, pero pareció animarse cuando yo misma prolongué la broma bajándome un poco la braga de mi bikini (eso sí, hasta donde mi

pudor permitía).

—Mirad, café con leche. — exclamé, bromeando con la diferencia de tonalidades entre mi piel depilada y sin depilar.

Gloria me imitó, aunque mostrando mucho más que yo. Desde mi posición pude ver casi por completo su sexo sin vello. Tras aquella demostración instó a mi hermana a hacer lo mismo.

Kavita, a la que siempre le habían gustado los retos, se bajó la braga del bikini y, sorprendentemente se deshizo de ella, tirándola fuera de la piscina.

—Vamos, ahora vosotras.

Yo enrojecí, ya que temía que aquello se fuera de las manos.

— En fin –. Exclamó Gloria– Vosotras ya nos habéis visto desnudos a nosotros. Ahora es justo que nosotros os veamos a vosotras.

Para reforzar sus palabras Gloria se despojó de la parte de arriba, dejando al descubierto dos pálidos senos de pezones oscuros y puntiagudos. Sin mediar palabra se sumergió lentamente al lado del vientre de su marido. Fuese lo que fuese que estuviera haciendo, pareció complacerle, ya que éste exhaló un profundo suspiro.

Kavita permaneció de pie frente a ellos, sin saber muy bien qué hacer. Me miró y comenzó a sonreír nerviosa, contagiándome pronto con su risa.

Nos acercamos la una a la otra riendo y bromeando con nuestra desnudez. Y poco a poco nuestros juegos se transformaron en algo más, uniendo nuestros inflamados labios en un tierno beso.

— ¿Sabes que te quiero, hermana? – le dije.

—Y yo te adoro, Menn. – me contestó abrazándome.

Mis manos no tuvieron reparos en acariciar su sexo desnudo del que salieron unas burbujitas de aire. Las dos reímos al verlas y nuestros ojos se conectaron, tal y como siempre hacían en nuestros encuentros secretos.

El placer nos inundó haciéndonos olvidar donde estábamos y con quién. Volvimos a fundirnos en una y aquello nos hizo grandes, poderosas. Los gemidos de mi hermana se fundían con los míos al sentir sus dedos expertos jugueteando en mi interior, como solo ellos sabían hacer.

De pronto unas manos que no habían sido invitadas acariciaron mis pechos henchidos por la excitación. Noté un pequeño gesto de desagrado en Kavita. No quería compartirme, ni yo a ella. Desde siempre habíamos jugado solas a aquello, y se hacía extraño tener invitados, pero mi cuerpo, deseoso de recibir placer, dominó a mi mente, abriéndose como una flor.

Mi hermana se serenó, noté como sus manos crispadas comenzaban a relajarse ante la invasión de aquellos extraños cinco invitados que pellizcaron mis pezones. Cerré los ojos y me dejé llevar. Noté unas nuevas caricias rozando mi vientre. Por un momento desee tener sobre mí toda la atención. Que aquel que recorría mi ombligo se compaginara con aquella que jugaba con mis pezones y con la otra que acariciaba mi espalda.

Noté calor, unos brazos fuertes y un firme abrazo.

Mis ojos permanecían cerrados. Temí que al abrirlos el placer desapareciera y continué así, maniobrando con mis dedos en mi hermana mientras me dejaba hacer. En aquel momento noté como Kavita me abandonaba, usándome sólo como un punto de apoyo. Sus manos se sujetaron en mis hombros, elevando así sus glúteos que sufrían el asedio de otro extraño.

Al alargar mis manos pude llegar a palpar el duro miembro de un hombre, de Daniel. Noté sus intenciones. Anhelaba entrar en el sexo palpitante de Kavita y gracias a mi ayuda lo consiguió. Abrí sus labios menores y aferré ese trozo de carne palpitante que se fue lentamente introduciendo en ella (en mi otra yo).

Kavita parecía asustada, pero se tranquilizó al ver mi serena expresión. Mientras tanto un gran placer iba recorriendo mi espina dorsal pegada a los pechos de Gloria que, firmemente aferraba los míos, hinchados por el deseo. Sus dedos expertos pellizcaron mis pezones, acariciaron mis caderas puntedas de perlas de agua fría, y la erizada piel de mi espalda. Finalmente esas caricias fueron bajando hasta concentrarse en mis nalgas. Dos de sus dedos hasta se permitieron el lujo de introducirse en mi intimidad más oculta, como exploradores recorriendo una caverna desconocida. Conocía las caricias de mi hermana y esa no era ella. Gloria era más rápida, más precisa. Sus dedos juguetearon con mi sexo y se fueron turnando con mi estrecho orificio. Nunca antes había experimentado algo tan parecido, y a la vez diferente, a mis encuentros con Kavi. El gran placer que sentía fue incrementándose hasta alcanzar las cotas más altas, arrastrándome como un gran torrente hasta tensar todos mis músculos.

Allí con el agua a la altura de mis rodillas pude sentir el flujo resbalar por mis piernas, caer a la piscina y marchar flotando hasta los cuerpos de Daniel y Kavita que a medio metro de nosotras iban moviéndose al vaivén de un coito sumergido. Observé la expresión de sus rostros. Mi hermana

estaba a punto de llegar. La conocía bien y pude adivinar que estaba disfrutando.

Gloria paró en seco sus caricias, y no pude esconder un gesto de desagrado. Aunque al arrastrarme tras ella comprobé que quería lo mejor para mí. Me condujo hasta su marido que tras llevar a mi hermana al orgasmo se ocupó de mí. Me besó lentamente metiendo su lengua dentro de mi boca, logrando así que me deshiciese por dentro.

Me moría de gusto con cada caricia, con su ferrea presión; sintiendo el cálido aliento de ese hombre poseyéndome, haciendome suya. Era la primera vez que experimentaba algo así y quise que durara por siempre.

Noté sus manos resbalar por mis muslos, extender mis piernas y abrir mi humeda abertura. Logró así el suficiente margen de movimientos como para resbalar dentro de mí. Mi cuerpo se convirtió entonces en una especie de receptor de radio capaz de percibir hasta la más mínima particula de placer.

Ese trozo de carne caliente resbalaba ahondándose cada vez más en mis entrañas, gracil y veloz como si hubiese sido construido específicamente para mi vulva. Nunca había sentido algo tan primario y salvaje, y entonces fui consciente de lo que estaba ocurriendo. Aquel hombre me estaba poseyendo. Lo había hecho con mi hermana y ahora me lo hacía a mí. Quise parar aquello, empujarle y hacerle salir de mi interior, pero algo me lo impedía. Ese torrente de nuevo, cayendo con fuerza entre las piedras, arrastrándolo todo a su paso y anulándome por completo. Esa fuerza me convirtió en otra salvaje más, esclava de mi cuerpo.

Un suave vaivén siguió a aquello y la sensación de estar siendo utilizada se disipó cuando mis manos aferraron fuerte su cuello. Daniel sujetó mis nalgas y me levantó en peso, logrando así una penetración aún más profunda. Un gemido ahogado brotó de mi garganta al experimentar tal cúmulo de placer.

En ese momento noté a alguien más a mis espaldas. Mi estrecho orificio volvió a abrirse, albergando de nuevo a otro inquilino, pero no supe a quien pertenecía. Si eran los dedos de Gloria o de mi hermana. En realidad me daba lo mismo. El gusto que sentía era tan brutal que no quise que parara nunca.

Mis piernas se paralizaron con un espasmo y un relámpago cayó en mi interior provocándome el mayor orgasmo de mi vida.

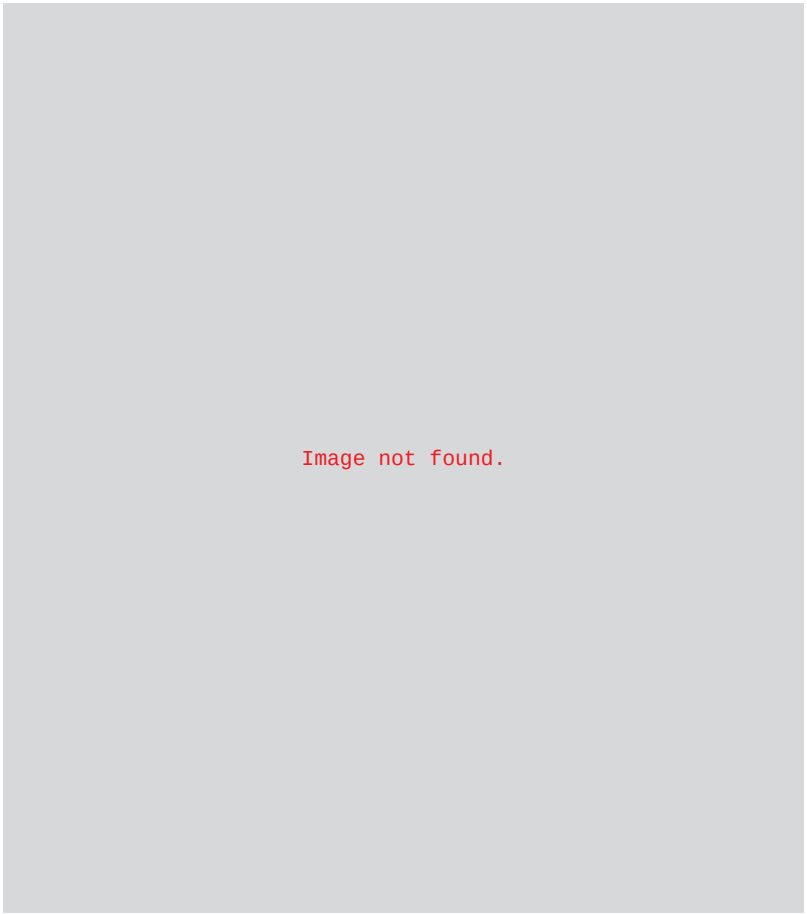
Permanecí unos minutos abrazada a mi amante. Notando el suave roce del agua sobre mis piernas. Daniel me besó en los labios, pero esta vez fue diferente. Fue algo fraternal, lejano a los apasionados besos que hace

unos minutos ahondaban en mi alma.

Poco a poco fue saliendo de mi. Noté como el miembro escapaba flácido de mi caldeado interior, sacando con el su esencia blanquecina que flotó por la piscina, como un virus intentando conquistar todo a su paso.

—"Vas a tener que tomarte una de mis pastillas niña. Eso si no quieres tener dentro de nueve meses un americanito." – Bromeó Gloria.

Como atraídos por un imán mis ojos se encontraron con los de mi hermana. No estaba segura de lo que sentiría después de aquello, pero al encontrar su expresión serena y su gran sonrisa, mis temores se apaciguaron. Ella era mía y ninguna experiencia sexual cambiaría aquello. Al contrarío, reforzaría nuestros sentimientos.



Pasaron los días y con ellos, los encuentros sexuales con nuestros padrinos fueron haciéndose cada vez más numerosos.

Casi todas las noches compartíamos nuestro amor con ellos, ya fuera en la piscina como en nuestras habitaciones, o en cualquier lugar de la enorme casona. Ellos eran nuestros maestros en el arte del amor, y nosotras las aprendices, aplicadas y dispuestas a experimentar todo tipo de juegos, lugares y posturas, todo ello con el mismo fin: el de proporcionarnos y proporcionar placer.

Poco a poco fuimos convirtiéndonos en unas verdaderas expertas en el arte del amor. Los Roberts tenían una faceta oculta que ahora, en la intimidad estábamos conociendo bien. Daniel nos enseñó todo lo que hay que saber para contentar a un hombre, y Gloria a su vez nos instruyó en el autoconocimiento de nuestro cuerpo y en las formas de dar y experimentar placer.

La confianza hizo que de vez en cuando nosotras mismas tomáramos la iniciativa: Cuando ellos no comenzaban los juegos, Kavita y yo nos permitíamos hacerlo, acurrucándonos en su propia cama, desnudándonos y desnudándoles. Yo siempre conseguía hacerme un hueco al lado de Gloria. Era, por así decirlo, mi preferida. Amaba sus formas y maneras, dulces y a la vez cargadas de doble sentido. Mi hermana en cambio prefería a Daniel. Ella, tan fresca y audaz, era la que siempre comenzaba acariciándole; haciéndole suyo y deseoso de poseerla. Cuando Gloria y yo les observábamos, un templado escalofrío nos recorría por dentro, iniciando para nosotras otro juego más calmado, estratégico podría decirse. Cada una calculaba al milímetro sus movimientos, sus roces y caricias. Cierto es que siempre terminábamos uniéndonos a Daniel y Kavita, pero en nuestro interior guardábamos algo íntimo que solo ella y yo conocíamos.

Durante todos esos días conocimos bien a los Roberts.

Gracias a la confianza adquirida supimos de sus problemas, sus temores y proyectos. Daniel pensaba dejar los Estados Unidos y aprovechar una oferta de trabajo en Europa. Según nos contó el país se encontraba en una difícil situación ante los ataques terroristas de los integristas islámicos, cada vez más numerosos. Y debido al último atentado del "Empire"" la guerra contra otros países se había acrecentado, siendo ya un peligro real el vivir cerca de las capitales del país. Gloria, por supuesto le acompañaría en su viaje. Siempre hacían falta médicos en todas partes.

En esos momentos nos interrogaron acerca de nuestros planes, y las dos al unísono aseguramos que les seguiriamos adonde fueran.

Charlando sobre nuestro futuro, los Roberts nos hicieron una propuesta. Aprovecharíamos el dinero que nos enviaban para estudiar y labrarnos un futuro que nos hiciera establecernos algún día junto a ellos. Fue un trato pactado con un apretón de manos y un cálido beso entre los cuatro.

Esa misma noche salimos a celebrar ese pacto. Tras una opulenta cena en el mejor restaurante de Chicago, terminamos la noche medio borrachos y calientes en un Gravi-te*, un lugar de moda futurista e íntimo donde nuestro último encuentro sexual se completó.

*Gravi-te: lugar de moda adonde iba la gente a relajarse mientras degustaba bebidas en gravedad cero.

Observé relajada como la esencia de Daniel levitaba ante mis ojos mientras mi hermana divertida iba creando curiosas formas con ella. Estar flotando desnuda en el aire de aquella manera te daba una sensación extraña, feliz pero triste a la vez. Cuando terminé de luchar con mis rebeldes pantalones vaqueros conseguí ajustármelos, y en ese momento Daniel me cogió entre sus brazos como a un bebe. Me atrajo hasta sus labios y me volvió a dar un beso, tan profundo que me quitó el sentido de la realidad. Gloria también se acercó, desnuda tal y como su madre la trajo al mundo, y se abrazó a nosotros. Kavita también se unió y los cuatro permanecimos flotando y rotando por la blanca habitación, como un extraño satélite hecho de carne y amor.

Ese fue el colofón de nuestros encuentros con los Roberts. Todos reíamos, pero en el fondo la tristeza del adiós nos embargaba por dentro.

Ya de vuelta nos dimos una ducha y recogimos nuestros equipajes. Un último vistazo a la enorme casona de los Roberts me puso melancólica. Aquel lugar nos había cambiado en parte y ya nunca volveríamos a ser iguales.

En el aeropuerto nos comprometimos a vernos el año próximo si las condiciones así lo permitían, pero eso no se cumplió.

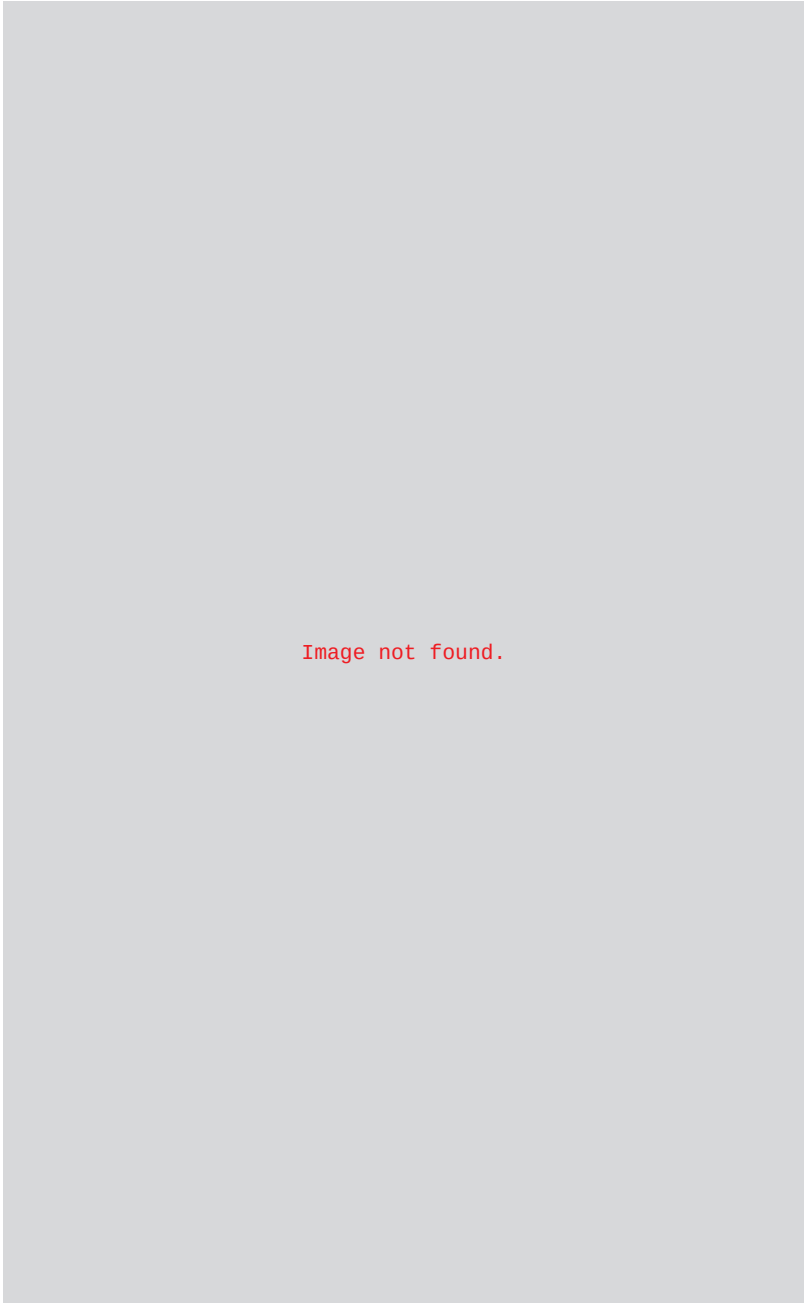
Las tres féminas del grupo nos abrazamos entre sollozos ante la inminente salida de nuestro aerotransporte. Daniel inmortalizó el momento con su cámara de fotos, y corriendo nos abrazó a las tres con sus fuertes brazos. Nunca dejaba de bromear, ni en aquella ocasión tan triste en la que fingió

levantarnos en peso a todas.

—Os fundiré a las tres y así no tendréis que iros. Crearé un monstruo hindú: “Meenavitaloria”.

Todas reímos ante sus ocurrencias y la partida se hizo realidad.

Desde la ventanilla del avión contemplamos Chicago y los EE.UU. Las dos pensamos que volveríamos algún día, pero el destino nos aguardaba otro destino más extraño.



Cuando volvimos a la India encontramos un país totalmente fracturado por el hambre y las epidemias. El gobierno prácticamente había desaparecido desestabilizado por la corrupción. El pillaje se extendía por las calles tomadas ahora por los grupos armados, y en todas partes se acumulaban los muertos.

Gracias al dinero de los Roberts fuimos trasladadas a Bombay (Una de las pocas capitales que no habían caído), donde nos alistamos internas en la escuela de artes y oficios. En aquel lugar recibimos una educación firme y práctica que nos permitió ingresar en la universidad del país.

Kavita, siempre tan disconforme con el mundo actual decidió comprenderlo desde sus orígenes, dedicando sus estudios a la filosofía,

filología clásica y las humanidades. Yo, mientras tanto, ingresé en el cuerpo de médicos y enfermeras, sacándome la licenciatura con matrícula de honor.

Vivíamos las dos juntas en una de las habitaciones de la universidad destinada a albergar estudiantes interinos. Por supuesto dormíamos juntas y continuábamos con nuestros encuentros nocturnos, ahora mucho más ricos al haber adquirido en el mercado negro varios aparatitos iguales a los que tenía Gloria. En una de las últimas comunicaciones con ellos así se lo hicimos saber, provocando una sonora carcajada de nuestra madrina. Daniel nos anunció que esa sería la última vez que hablarían desde Chicago. El país sufría ataques terroristas casi a diario y habían movilizado a varias generaciones de reservistas. Nos comunicó que no tardaría en llegar su turno, y que él no estaría allí para cuando eso ocurriera. Ya tenían los billetes para ir a España, y saldrían en cuestión de días. Con suma preocupación nos despedimos de ellos, advirtiéndoles que les llamaríamos en una semana.

Dicha llamada se perdió. No volvimos a saber de ellos ni de su destino. Los estados unidos y sus aliados se habían convertido en un caos. La guerra había estallado y parecía acrecentarse con el tiempo.

Nosotras seguíamos fielmente la información a través de las televisiones internacionales o de internet, pero el visiófono de Daniel no volvió a dar señal de ellos.

Leo, un amigo de la facultad, nos enseñó a rastrear la señal de aquel aparato, pero lo máximo que pudimos saber es que la última conexión se había hecho desde el estado de Florida a poca distancia de una ciudad llamada Daytona.

No supimos nada más. Continuamos nuestra vida siempre alertas a las noticias de hablaban de los Estados Unidos. Siempre nos alarmábamos al conocer los secuestros de americanos y los ataques a planeadores de pasajeros. Afortunadamente no encontramos ningún Robert en dichas noticias.

ψ

11

El tiempo pasó y Kavita terminó sus estudios, licenciándose como Filóloga con matrícula de honor. Esa misma noche salimos a celebrarlo, y fue por todo lo alto. Cenamos en el restaurante más lujoso de Bombay, bailamos hasta que nos dolieron los pies, bebimos hasta emborracharnos, y de vuelta a casa hicimos el amor durante horas.

Mi hermana quedó exhausta, recostada sobre la cama y aún con el arnés puesto. Nuestra última adquisición, un placentero aparatito con correas que se ajustaba a la cintura y permitía transformarse durante unos minutos en una mujer con atributos masculinos.

El brillante pene negro permanecía delante de mí, erguido, desafiante, como un enigmático monolito enraizado en mi hermana. Me pareció imposible que todo él hubiese estado hace unos minutos en mi interior, surcando silencioso mis entrañas.

La dueña de aquel atributo dormía boca arriba, aún desnuda y con su precioso pelo negro cayéndole sobre el rostro. Yo la observaba detenidamente, pensando lo extraña que era nuestra relación. El amor que nos profesábamos como hermanas en algún momento de nuestras vidas fue tornándose algo más. Algo místico y espiritual.

A menudo nos fundíamos una con la otra y eso nos llenaba de gozo a las dos. No veíamos nada malo en ello a pesar de estar tan mal visto por la sociedad de aquel entonces. Ninguna de las dos había tenido otra relación que no hubiese sido la de Daniel y Gloria, y las dos queríamos que continuara así. Ansiábamos volver a verles y a darles un abrazo. A volver a compartir con ellos nuestra sexualidad que tanto gozo nos proporcionaba.

En ese momento un mensaje en mi visiófono iluminó levemente la estancia. Era Leo, nuestro amigo de la facultad, que había descubierto a un misterioso señor Robert de nacionalidad estadounidense hospitalizado en un sanatorio de la costa española.

Asustada apenas pude coger el aparato que se empeñaba en resbalar de mis manos. Éstas temblaban de pura emoción al leer en la pantalla el apellido de mis padrinos.

Kavita también despertó, alarmándose al verme tan agitada. Aún sostenía el arnés en su cintura, pero ahora aquello había pasado a segundo plano. Fuera de lugar, y como tal se desvaneció, como su propietaria, deshaciéndose en el aire como el humo. Mis ojos contemplaron la huella que dejó su cuerpo en la sabana, y ya sin ella, solo la soledad fue testigo

de mi angustiosa búsqueda. De mi afán por encontrar en mi móvil alguna información relevante acerca de ese misterioso Robert.

Los días siguientes fueron un cúmulo de llamadas, consultas e investigaciones a las autoridades y servicios médicos del país europeo.

La administración española me desvió con mis preguntas a un sanatorio del levante español, y ahí finalmente pude sacar en claro el paradero de uno de nuestros padrinos, concretamente Daniel Robert. Según nos anuncio un servicial funcionario, hacía un mes que había ingresado proveniente del ataque náutico al "Collette Ventura", un buque de pasajeros proveniente de México. Él había sido uno de los pocos pasajeros rescatados por las autoridades españolas de las frías aguas del Atlántico.

Kavita regresó, sentándose a mi lado. Nos miramos las dos, y sin palabras, solo con gestos, supimos lo que pensábamos.

Apresuradamente saqué los dos próximos billetes a España, y junto a mi hermana partimos con lo puesto. Necesitábamos verle, saber algo de él y de Gloria; Conocer su paradero; Si estaba viva o muerta. Y si había desaparecido, no pararíamos hasta encontrarla. Nosotras éramos lo más parecido a su familia, y la única que necesitarían para ponerles a salvo. Si hacía falta les traeríamos hasta la India. Vivirían aquí con nosotras, pero antes teníamos que localizarles a los dos.

Salimos de madrugada. El aparato era un "triple ocho", un modelo antiguo de "boeing" que a pesar de tener más de ocho años parecía estar en buen estado.

El vuelo transcurrió sin contratiempos, llegando a España en poco menos de tres horas. A nuestra llegada a Valencia nos cachearon y registraron concienzudamente nuestro equipaje de mano. Las medidas de seguridad se habían reforzado debido a los ataques terroristas, eso nos hicieron saber, aunque supusimos que debido a nuestra oscura piel, y a lo "exótico" de nuestros vestidos, nosotras estaríamos en el grupo de riesgo de turistas sospechosos.

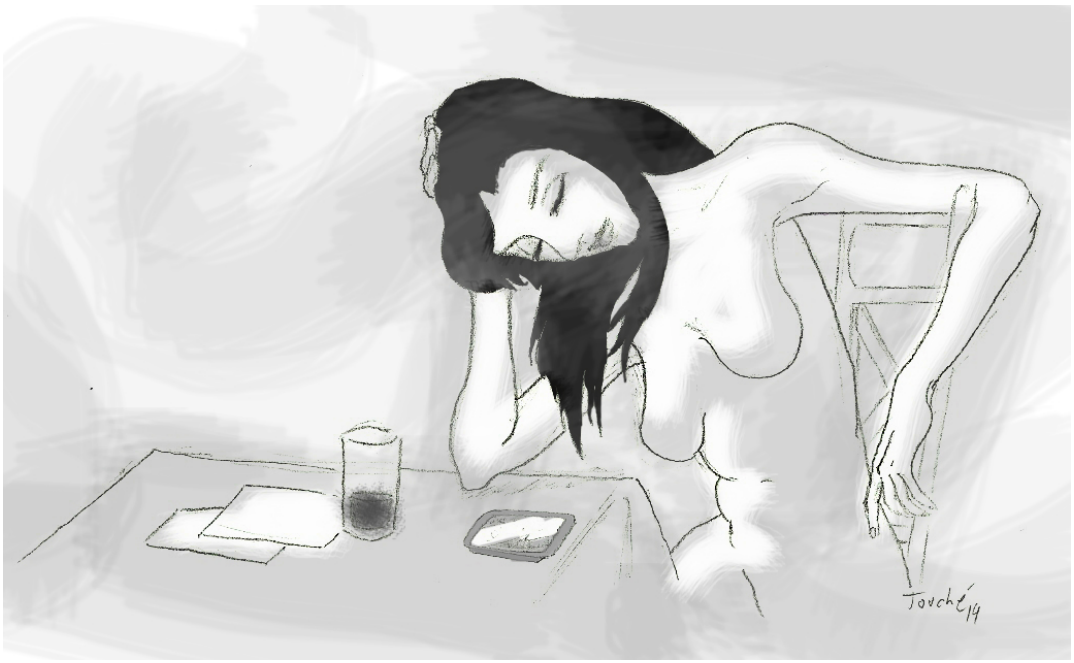
Nuestras investigaciones nos llevaron hasta el mismo sanatorio donde estuvo Daniel hospitalizado, pero no dieron su fruto deseado, ya que el susodicho señor Robert (como así le llamaban allí.) había sido dado de alta y ahora se encontraba en paradero desconocido. Por más que preguntamos a todo el mundo, nadie supo decir donde se había dirigido, sólo que le vieron salir temprano con sus pocas pertenencias y montar en un transportador negro.

Vagamos por aquella provincia preguntando de sanatorio en sanatorio. Buscamos en la red alguna pista que nos condujera al desaparecido Robert, e incluso alertamos a la policía de la desaparición de Daniel. Pero

nuestra búsqueda fue en vano.

Profundamente decepcionadas decidimos volver a la India. Aquel viaje se había mostrado completamente inutil, y lo que era peor, de alguna manera las dos sabiamos que existía aquella posibilidad. Fuimos muy osadas de llegar hasta ese país sin habernos puesto siquiera en contacto con él.

12



Pasaron un par de años desde nuestro frustrado viaje a España. Nunca perdimos la esperanza de volver a recibir alguna noticia de nuestros padrinos estadounidenses, pero el tiempo pasó, y con él nuestras esperanzas se fueron disipando.

La India se mantuvo al margen de la guerra, pero indirectamente cooperó con los estados miembros de la unión, dejandose notar en los numerosos ataques terroristas que asolaban las principales capitales, y la inestabilidad política que ya se dejaba sentir en el habitual cambio mensual de gobierno.

Tras dos fallidos golpes de estado y la imposición por las naciones unidas de un presidente provisional, La India se convirtió en un país activo en el apoyo a los estados miembros, instaurándose en nuestra tierra numerosas bases militares que luchaban directamente contra el régimen musulmán.

Era el último día del Diwali, lo que viene a ser el fin de año para los países occidentales. En unas horas entraríamos en el dos mil veintiséis. El próximo mes cumpliría los veinticinco años y terminaría mi residencia en el hospital de Bombay. Ya tenía ganas. Precisamente por ser novata me había tocado pasar esa noche de guardia junto a dos viejas compañeras hurañas y silenciosas.

Allí, frente a un té y una tostada escuché como desde la calle mis congéneres despedían el año con gran alboroto. En el hospital solo se notaba la festividad por unas lamparitas de aceite que yo misma había colgado en la ventana. El suave titilar de las llamas me puso nostálgica, trayéndome recuerdos de otros fines de año junto a Kavita.

Mi hermana había decidido pasar esa noche con sus amigos en una fiesta privada. Pero, como bien esperaba, no se olvidó de su querida hermana. El comunicador no paró de sonar en todo la noche, preocupándose por mí. Acababa de recibir su quinta llamada explicándome lo bien que se lo estaba pasando y preguntándome si había alguna posibilidad de escapar durante unos minutos de mi guardia. Con una sonrisa en el rostro le hice saber que aquello que me pedía era imposible, y que no se preocupara más por mí y disfrutara la fiesta.

Tras apagar el visiófono comenzó de nuevo a sonar. Lo conecté esperando encontrarla de nuevo, pero la imagen de una desconocida me sobresaltó, dirigiéndose a mí en un perfecto inglés.

—"Perdone que le moleste. Me han facilitado este teléfono en la central del ministerio de salud." – Y tras un molesto silencio añadió: — "No sé cómo explicarle… He intentado contactar con algún familiar de la persona que cuido, y por casualidad he encontrado el nombre de Meena Roberts anotado en unas fotos. ¿Es usted?"

—"Eh… sí. Soy yo. — Asentí dubitativa. — ¿Quién es usted?"

—"Mi nombre es Lucia. Soy la asistente de Daniel Roberts." – El vello de los brazos se me erizó y un escalofrío recorrió mi nuca. – "Yo… siento tener que llamarla, pero no puedo más con ésta situación. He decidido marcharme. No aguanto más…ap… at…."

La mujer parecía muy alterada y la conversación se entrecortaba desvaneciéndose en el aire. De pronto la imagen se rasgó y dejé de ver su

rostro de rasgos orientales.

Intenté recuperar la señal con el seguidor de rastro y conseguí el tiempo justo para conocer el lugar de donde provenía.

—"…at……is…Tabarca. Ess… ah… ssss…. sla…"

Finalmente la comunicación se cortó, siendo imposible el volver a recuperarla. Lo intenté una y otra vez e incluso desbloqueé la emisora del hospital para localizar ese número, pero fue inútil, parecía habérsela comido la tierra.

Esa misma noche me puse en contacto con Kavita y por visiófono hicimos planes para localizar a Daniel y a esa enigmática asistenta.

Los días que siguieron los dediqué en cuerpo y alma a localizar ese lugar y a la mujer que me llamó. Llamé miles de veces a ese visiófono sin obtener resultados. No sabía porqué pero no podía quitarme de la cabeza la imagen de mis padrinos en la piscina de su casa, desnudos tal y como aquella increíble noche en la que me desfloraron.

Finalmente pude descubrir el lugar de procedencia de esa llamada y el porqué de la pérdida de comunicación. La susodicha "Tabarca" era una minuscula isla del levante español. Una antigua colonia de pescadores que ahora contaba con apenas una docena de habitantes. La razón del corte de comunicaciones era una gran tormenta que azotaba desde hacía unos días toda la parte meridional del país.

Intenté ponerme en contacto con las autoridades de esa isla, pero lo único que logre fue contactar con un delegado de campo que me comunicó la ausencia de gobernantes en la zona. Me dio el teléfono de un ministerio que se ocupaba de aquella insula, pero nunca contestó nadie. Estaba claro que si quería saber algo de los Roberts, debía ser por mis propios medios.

Meses después, cuando mis investigaciones me habían llevado a un callejón sin salida, una nueva llamada me sacó de dudas.

"¿Señora Roberts?" – era la misma señora de rasgos orientales. – "Perdone que la moleste. Sé que debe estar ocupada, pero necesito comunicarle que ya no me encuentro al servicio de su familiar. No he podido decírselo antes por culpa de la tormenta."

"¿Daniel se encuentra bien?" – le pregunté apurada. –"¿Por qué no me ha llamado antes? ¿Cómo puedo ponerme en contacto con él?"

"Sí, el señor se encuentra bien… dentro de su enfermedad. Lo único que… a veces la convivencia con él… se hace insoportable." — me confesó. – " He decidido abandonar el trabajo. Y no crea que es por el dinero. Es que…

Simplemente no puedo seguir soportándole. Yo… lo siento…”

Ya un poco más calmada intenté comprender algo de aquel galimatías, e insté a la mujer a que me contara algo más de Daniel, cómo había llegado a ser su asistenta personal y la razón de haberse retirado a aquella isla.

La mujer me contó lo que sabía. Había sido contratada por el consulado americano para acompañar a un ciudadano inválido que se negaba a ser deportado a su país. Su trabajo sería servirle en la vuelta a los EE.UU. y luego marcharse. Pero Daniel le ofreció mucho dinero, mucho más del que cobraría por ese trabajo.

No explicó nada más, ni por qué había escapado ni lo que había ocurrido. Según sus palabras, Daniel era una persona huraña, silenciosa y solitaria. Dormía dependiendo de un respirador artificial y solo se entretenía con las anotaciones que hacía en su pequeño ordenador portatil. Nunca hablaba con ella de nada, sólo de lo estrictamente necesario (hazme la cama, aféitame, sácame al paseo…), y siempre se mostró reticente a contar nada de su vida personal.

“La última pelea la tuvimos precisamente por eso. “ – me explicó. – “Me atreví a preguntarle por su familia. Si había dejado en los EEUU familia, mujer o amigos. Él me gruñó y me dijo que me metiera en mis asuntos. Que no volviera a preguntarle nada o me tiraría por los acantilados. Fíjese. Yo ante tal agresividad prefería callarme y hacer mis maletas. Pero soy una profesional, y no puedo dejar a un inválido solo en esta isla de mala muerte que no tiene ni siquiera un jodido médico.”

Ante mi silencio continuó.

“Perdón por mi lenguaje. Estoy un poco nerviosa. Gracias a dios que la he encontrado. Pude ver casi por casualidad su nombre en una antigua foto que guardaba el señor en su cartera. Una foto en la que salen dos jovencitas casi iguales abrazadas a una mujer. Por suerte venía claramente su nombre y gracias a él pude encontrarla por internet, inscrita en el colegio de médicos de su país.”

Tras comunicarle que yo me encargaría de él se despidió de mí dándome las gracias.

Esa noche volví muy contenta a casa. Ansiaba decirle a Kavita que por fin había encontrado a nuestro padrino. Quería cantar, bailar y sobretodo celebrarlo con ella. Comermela a besos y hacerle el amor. Pero mis deseos se vieron truncados al no encontrarla en casa.

No contestaba al visiófono, así que decidí tomarmelo con calma. Comí algo, me puse cómoda y la esperé viendo programas estúpidos en la

televisión.

Tras dos aburridas horas el zumbido de la puerta anunció que Kavi volvía. Venía hablando con el visiófono, despreocupada y jovial. Me saludó con un guiño al pasar a mi altura y entró directa al cuarto de baño. Me reconfortó verla de vuelta aunque no me hubiera hecho el menor caso. El agua del inodoro anunció que había terminado, apareciendo poco después por la puerta del salón, ya sin pantalones y descalza.

Se sentó en la otra parte del sillón y continuó hablando mientras retocaba las uñas de sus pies con una de mis pinturas color malva. Me molestó que continuara totalmente ajena a mi presencia.

Siguió así durante varios minutos más, crispándome cada vez más con su aptitud. Había hecho planes sobre aquella noche, y sinceramente me había excitado preparándolo todo para cuando llegara a casa. Incluso me había vestido para la ocasión, con una de mis ajustadas camisetas de tirantes y braguitas a juego.

En la tele había conseguido sintonizar uno de esos canales para adultos del satélite. En ese momento podía verse en la pantalla un grupo de personas desnudas montándoselo entre ellos. Era una verdadera orgia, un tanto desagradable, con gemidos exagerados y manantiales de blanquecinos fluidos. Cuando Kavita se percató de lo que estaba viendo me miró con un gesto de extrañeza mientras continuaba enganchada a su visiófono.

Con un gesto brusco apagué indignada la tele, y cruzada de brazos continué mirándola con una clara expresión de niña enfadada. Kavita no reparó en mí hasta pasados unos minutos. Permanecía ausente, perdida en su mundo privado, entre la pintura de uñas y el visiófono.

—¿Qué pasa? — le pregunté cuando ya no pude más.

—Lo siento "didi", es Leo que no para… (ja,ja,ja)… el muy idiota… – respondió entre risas sin dar más detalles.

Precisamente esa risa fue lo que menos me gustó. Era igual a la que me reservaba en nuestros momentos más especiales y, porque no decirlo, me sentí celosa.

—¿Te gusta? – Le pregunté muy seria.

—¿Quién? ¿Leo? – respondió intentando disimular. – "No seas tonta. Es solo un amigo, tú ya lo sabes. — Y tras advertir la oscuridad de mi rostro continuó: — ¿De verdad me lo preguntas? La que me gusta eres tú.

Tras permanecer unos minutos mirándome, adivinó lo que me ocurría. Dejó a un lado el comunicador, y gateando como un felino, bromeó hasta llegar a los pies de mi sillón.

—¡No! No me lo puedo creer. ¿Estás celosa? Sabes de sobra que yo soy tu gata. ¿Lo sabes no? — preguntó imitando los ronroneos de los gatos.

No pude evitar sonreír ante sus ocurrencias.

—Ya sabes que lo nuestro no es normal. – le expliqué. –"Nosotras somos hermanas y no podemos llegar a los límites que hemos sobrepasado. Lo nuestro siempre estará oculto y nunca podremos mostrarlo por ahí. Ni siquiera podremos salir libremente a pasear cogidas de la mano. Si ya está mal visto el amor entre mujeres, imagínate entre hermanas."

—Pues vayamos a otro lugar donde podamos ser libres. – exclamó Kavita acercándose lentamente..

—Eso es muy fácil de decir. – añadí posando un dedo en sus labios y deteniendo su beso. – Tenemos un nombre y una posición aquí. No podemos echarlo todo por la borda y abandonar.

—¿Por qué no? – preguntó jugando con la goma de mis braguitas rojas.

Aquella respuesta tan simple desmontó todos mis argumentos. Mi hermana estaba en lo cierto. ¿Y por qué no? Nadie nos retenía aquí. No teníamos familia en la India ni apenas amigos. Y podríamos encontrar trabajo en otro lugar donde nuestra existencia como hermanas fuera desconocida.

Por unos instantes me abrumó la idea de marcharme con ella a esa isla. ¿Cómo se llamaba? ¡Tabarca! Era perfecta para nosotras. Un lugar perdido en mitad del mar y con apenas una docena de habitantes que no nos conocían ni sabían nada de nosotras. Incluso resonaron en mi cabeza las palabras de esa mujer: —" …no tiene ni siquiera un jodido médico…"

Estuve a punto de explicar aquello a Kavita, pero mi carácter someramente tímido me retuvo, añadiendo trabas a mis fugaces ideas de libertad.

—Vamos Menn, basta de martirizarse. Déjame ver lo que escondes aquí. – insinuó deslizando sus cálidas manos por debajo de mi camiseta.

Esa noche me dejé hacer mientras merodeaba por mi cabeza la idea de marcharnos a ver a ese ahora desconocido Daniel, que en soledad aguardaba no se sabía bien el qué.

Kavita recorrió con su boca mi cuerpo, subiendo con sus caricias hasta casi rozar el nacimiento inferior de mis senos, hinchados por la excitación. Luego bajó lentamente hasta llegar a rozar mi ombligo con su nariz. Su oscuro cabello me hacía cosquillas y me excitaba a la vez. Bajó con su barbilla hasta la frontera de mi ropa interior y la bordeó llegando a mi prominente cadera derecha. Una vez ahí comenzó a acariciar con sus dedos la fina tela roja de mi braguita, siempre sin detenerse en ningún punto concreto, dando aleatorios roces que me volvían loca de deseo.

Sus dulces caricias comenzaron a ser acompañadas de susurros insinuantes que luché por comprender.

—¿Qué dices? – le pregunté con mi voz entrecortada por un suspiro.

—Que me encanta como eres. – respondió clavando sus preciosos ojos dorados en los míos. Su nariz, recta y fina completaba un armonioso rostro que remataban sus delicados labios anaranjados. Sonrió levemente al sentirse tan minuciosamente observada. No pude evitar atenazar sus mejillas entre mis manos y entregarle un cálido beso que unió fugazmente nuestras lenguas.

—Te quiero. – le susurré, rompiendo con palabras la magia que solo los gestos habían creado.

Mi pierna comenzó de pronto a notar un calor fuera de lo normal. Kavita comenzó a acariciar su propio sexo con mis rodillas. A frotarse como si en realidad fuera una verdadera gata en celo. Otros besos más cálidos y profundos siguieron al primero, provocando una humedad en mi sótano que amenazó con derrumbarme por dentro.

Kavita, siempre tan activa, fue bajando con sus caricias hasta dar con el camino a mi selva negra. Mis braguitas pronto cedieron ante sus envites, que las apartaron a un lado, dejando paso a su rostro que no dudó en ocultar entre mis piernas. Podía notar su respiración caliente y profunda, y los roces de sus pómulos y nariz empapándose en mis flujos que eran cada vez más abundantes.

Cuando acerté a abrir los ojos descubrí sobre mi cabeza el sexo de Kavita. Había cambiado de posición mientras yo seguía obnubilada con sus caricias. Desde allí pude ver claramente el brillo de los fluidos que empapaban sus labios mayores, los pliegues tan conocidos para mí de sus menores. No tuve reparos en adentrarme en ese camino tan conocido, en franquear las puertas y llegar hasta el guardián del tesoro, al que vencí con mi don de lenguas.

Kavita soltó un gemido de dulce agonía y comenzó a moverse de manera oscilante alrededor de mi boca, arrastrando a un lado sus mojadas bragas que inoportunas, insistían en azotarme la nariz y molestar una y otra vez

nuestro sublime acto de amor.

En compensación por el placer recibido, mi hermana se afanó en explorar mi intimidad a conciencia. Noté su lengua caliente y sinuosa recorriendo mi intimidad como una serpiente. Ella sabía bien lo que me gustaba y hasta donde podía hacerme llegar. Mis flujos le empaparon la boca, y ésta no solo se sintió dichosa, si no que tragó degustando mi esencia.

El orgasmo llegó desde lejos, como un tren que anuncia con tiempo su llegada. Lo noté estremecer mis piernas, arquear mi espalda y sacudir toda mi columna vertebral, terminando en mi vulva que quedó convulsionada por el placer. Kavita me confesó que hacía tiempo que se había ido, y no una sino tres veces, pero que no se detuvo hasta hacerme llegar a mí también.

Allí quedamos las dos. Abrazadas, exhaustas y enamoradas.

Tras unos minutos de silencio escuché algo que me llenó de gozo, rebelándome la solución que yo no me atreví a exponer:

—Vámonos a esa isla Meen.

Kavita levantó su cabeza de mi vientre y sonriendo volvió a repetirmelo:

— Vámonos a esa isla. Vamos con Daniel.

— ¿Y abandonarlo todo? – le contesté.

— ¿Todo? ¿Qué todo? Aquí todos saben que somos hermanas. Vivimos ocultando lo nuestro. A mí no me ata ningún trabajo. Y tú contrato es de prácticas, no es realmente un trabajo. Estamos en el mejor momento para comenzar una vida fuera de aquí. Y con todo lo que hemos soñado hasta ahora.

Permanecí unos minutos observándola en silencio. Sabía que tenía razón en todo. Aún así mi cobarde y funesta personalidad puso trabas y más trabas a nuestra felicidad.

— ¿De qué viviremos allí? ¿De Daniel? Según me han dicho está enfermo y no quiere saber nada de nadie. O crees tú que si nos quisiera ver no se habría puesto ya en contacto con nosotras. Ha pasado algo con Gloria. Quizá esté muerta, y él no va a querer allí a dos antiguas apadrinadas fuera de lugar.

— Lo sabremos cuando él nos lo diga. – respondió con firmeza. Amaba

esa decisión tan característica de mi hermana, y así se lo hice saber.

— Te amo, Kavi.

Mi hermana sonrió, besándome en los labios.